

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
RAFAEL CASTEJÓN

V

PERIODISTAS CORDOBESES
DE AYER Y DE HOY

ROSA LUQUE
Coordinadora



2020

PERIODISTAS CORDOBESES DE AYER Y DE HOY



ROSA LUQUE REYES
Coordinadora

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

ROSA LUQUE REYES
Coordinadora

PERIODISTAS CORDOBESES
DE AYER Y DE HOY

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA
2020

PERIODISTAS CORDOBESES DE AYER Y DE HOY
(Colección *Rafael Castejón V*)

Coordinadora científica y editorial:
Rosa Luque Reyes, académica correspondiente

Portada: Julio Burell y Cuéllar y Matías Prats Cañete

© De esta edición: Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba

© Los autores del libro

ISBN: 978-84-122980-0-0
Dep. Legal: CO 1209-2020

Impreso en Litopress. Edicioneslitopress.com. Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

PRÓLOGO

El presente libro, *Periodistas cordobeses de ayer y de hoy*, es la quinta entrega de la colección *Rafael Castejón*, emprendida hace ya un lustro por la Real Academia de Córdoba en homenaje a quien fuera insigne director de la bicentenaria institución durante largo tiempo, considerado uno de los más grandes sabios cordobeses de la pasada centuria. Se recogen en las páginas de esta obra las semblanzas de diez personajes de distintas épocas, desde mediados del siglo XIX al momento actual, unidos por el denominador común de haber destacado entre los de su respectiva generación en el vibrante y acelerado -rasgos comunes a todos los tiempos- mundo de la prensa. Como en anteriores ediciones, el libro tuvo un preludio en las jornadas del mismo título con las que la Academia viene anunciando en septiembre su otoño cultural, a modo de prólogo del inicio en octubre del curso oficial. Durante su transcurso, diez académicos o periodistas -y en algunos casos poseedores de la doble condición- fueron desgranando la vida y obra de otras tantas figuras señeras de esta profesión, a caballo entre la literatura y el oficio casi artesanal de narrar la actualidad con rigor y sin demora. Y son precisamente aquellas intervenciones en la sede del edificio Pedro López de Alba, abreviadas entonces por la falta de tiempo, las que se ofrecen aquí ya sin cortapisas para dejar testimonio escrito de las cuitas y logros de una decena de personajes en busca de autor.

No ha sido fácil la selección, porque Córdoba ha dado grandes periodistas que forman ya parte de su historia y de la de España, ya que muchos han tenido proyección nacional. Hombres y mujeres -estas, incorporadas a la nómina en las últimas décadas, confiamos en que puedan nutrir sucesivos catálogos académicos-, personajes todos ellos que dieron brillante cuenta del latido de la noticia con ayuda de su palabra, su voz o su arte para plasmar el sentir de una época a través de su cámara fotográfica. Porque la Academia ha querido recordar tanto a maestros de la prensa escrita, en su doble vertiente de periodistas y reporteros gráficos -hoy llamados fotoperiodistas- como del universo audiovisual.

Dispuestos por orden cronológico, el primero de los capítulos está centrado en Julio Burell y Cuéllar, quien se movió con soltura entre el periodismo y la política de finales del siglo XIX y comienzos del XX. En un interesante estudio con amplio respaldo documental, su autor, el académico numerario *Antonio Cruz Casado*, recuerda el recién cumplido centenario de la muerte de Burell, nacido en Iznájar en 1859 y fallecido en Madrid en 1919; cien años transcurridos “entre recuerdos y olvidos”, afirma el profesor Cruz Casado de quien siempre llevó consigo en la villa y corte el recuerdo de su tierra natal. Personaje muy conocido y valorado por los intelectuales de su tiempo y de la posteridad inmediata, se valora ahora su feminismo incipiente, siendo pieza clave en el ingreso de la mujer (en concreto la escritora Emilia Pardo Bazán) en la Universidad. Desde su cargo de ministro de Instrucción Pública -fue también diputado en varias legislaturas- muestra su compromiso con los docentes y hasta sube a mil pesetas el sueldo de los maestros, como tampoco se olvida de los escritores pobres y ancianos, en cuyo beneficio crea el Instituto Cervantes. Hombre del 98 con una clara preocupación por España, aparece como personaje en clave en *Luces de Bohemia*, bajo el esperpéntico ministro don Paco salido de la pluma de Valle Inclán. Hombre inquieto y de verbo ardiente, entre sus numerosas actividades periodísticas destacó como director de *El Gráfico*, uno de los diarios más innovadores del Madrid que se abrió al siglo XX aunque de corta vida, poco más de un semestre. Le bastó a Burell este tiempo para dejar huella de su esfuerzo por modernizar la prensa tanto en el aspecto externo -concedió mucha importancia a fotografías y dibujos- como en los contenidos, dando cabida a numerosos escritores en sus páginas.

El segundo trabajo, a cargo del académico correspondiente y periodista *Jesús Cabrera Jiménez*, versa sobre Daniel Aguilera Camacho, nacido en Baena en 1877 y fallecido a los 78 años en la capital. Para hacerle justicia, el autor de la semblanza lucha contra la simplificación que a su juicio ha sufrido la figura del director y propietario de *El Defensor de Córdoba*, periódico desde el que desarrolló una meteórica carrera profesional. De este modo, Cabrera lamenta que solo se le sue- la recordar por su condición de periodista católico, algo que si bien es cierto, no abarca la riqueza de una trayectoria profesional apasionada, y en cambio soslaya una producción periodística generosamente volcada en la defensa de muy diversas causas. Y es que, de alguna manera, la mala suerte ha salpicado la biografía del periodista baenense, que si en los primeros días de su trabajo en *El Defensor de Córdoba*

era acusado de carlista sin serlo -fue permanente su adhesión a Alfonso XIII-, fue víctima de estereotipos a lo largo de su vida e incluso después, al ser recientemente retirado su nombre de una calle, en virtud de la Ley de la Memoria Histórica, por unas frases descontextualizadas que firmó en el último número del rotativo que dirigió, desaparecido en 1938, en plena Guerra Civil. Rememora el autor así mismo la faceta política de este periodista vehemente en la defensa de sus principios, que le ha llegado a granjear el calificativo de “integrista”. Sin dejar el periodismo, fue miembro del Partido Conservador y concejal en dos ocasiones, así como, a la llegada de la Segunda República -durante la que *El Defensor* sufrió diversos ataques vandálicos-, vocal de la Comisión Gestora Provincial, cargo del que sale a los cinco días, escaldado de la política.

Otro ilustre baenense, Fernando Vázquez Ocaña, protagoniza el tercer capítulo del libro, firmado por su paisano *Francisco Expósito Extremera*, periodista y doctor en Periodismo por la Universidad de Sevilla. Expósito, gran especialista en el personaje -en quien centró su tesis doctoral- traza un exhaustivo y a la vez ameno perfil de uno de los grandes hombres de la prensa andaluza en la primera mitad del pasado siglo, cuyas ideas progresistas y afinidad con la República le abocaron al exilio. Abandonó España en 1939 y nunca volvió a su tierra, muriendo en México DF en 1966 tras compartir con muchos otros exiliados españoles angustias familiares y económicas. Tras un largo olvido, su memoria sería rescatada en 1990 a través del suplemento cultural “Cuadernos del Sur” del *Córdoba*, diario que recuperó su trayectoria y la relación personal que mantuvo con Federico García Lorca, a quien solía acompañar en sus visitas a Córdoba, siendo autor de la primera gran biografía sobre el poeta granadino. Nacido en 1898, Vázquez Ocaña destacó como columnista en *Diario Liberal* y *Diario de Córdoba*, desde el cargo de redactor jefe de publicaciones como *Andalucía Ilustrada* o *Revista Popular* y como director del semanario *Política* y del diario *El Sur*, medios desde los que luchó por dignificar el papel de la prensa. Después llegaría su elección como diputado por el Partido Socialista, su marcha a Madrid, su amistad con Juan Negrín y su nombramiento como jefe de prensa del último Gobierno republicano dirigido por el político y científico canario. Una vida azarosa, reflejada admirablemente por Francisco Expósito, la de este cordobés que reivindicó la cultura y el impulso económico de la provincia, y que buscó la renovación del periodismo local, aunque también dirigió

medios de ámbito nacional como *La Vanguardia* y fundó publicaciones en el país que lo acogió al otro lado del océano.

De la mano de *Alfredo Asensi Díaz*, durante largos años dedicado profesionalmente a la radio, llega después la semblanza del que quizá sea el periodista más popular y querido que ha dado Córdoba al mundo, Matías Prats Cañete. A través de su voz portentosa y de una palabra siempre fluida y atinada no paró de cosechar éxitos en vida y respeto unánime en el recuerdo tras su fallecimiento en 2004 en Madrid, donde había establecido su residencia a comienzos de los años cuarenta. Nacido en Villa del Río en 1913, fue niño prodigio de apabullante precocidad en el dominio del micrófono. Alfredo Asensi, rendido admirador del maestro, se remonta a los orígenes de su vocación, cuando con pantalón corto se subió a una silla en la entonces incipiente emisora *Radio Córdoba* para recitar unos versos, y a sus primeros sueños, los de ser actor, cosa que acabó siendo en diferentes cameos en películas españolas por las que pasaba haciendo de sí mismo con gran naturalidad. Atraviesan las páginas de este capítulo sus facetas de periodista taurino -en la que fraguaría una personalidad abrumadora, a decir del autor- y deportivo, desarrolladas en paralelo y ambas apoyadas en un derroche de datos, fruto de una profunda documentación, espoleado por el amor de Matías Prats por el detalle y el don de narrarlo con espontánea perfección. Y si en la radio dejó pronto patente su singularidad, hizo luego lo mismo en la televisión, medio en que abarcó todo tipo de transmisiones en directo, concursos y otros programas en los que sembró su buen hacer. Como lo haría poniendo voz y dirigiendo el *No-Do*. Tampoco olvida Asensi la incursión en 1972 de este hombre de simpatía arrolladora en la política, como procurador en Cortes por el tercio familiar, para acabar enumerando los muchos homenajes que recibió en vida este villarrense que marcó una época.

El quinto capítulo está dedicado al periodista José Luis Sánchez Garrido, conocido en su vertiente de crítico taurino -en la que unánimemente se admira su magisterio- como *José Luis de Córdoba*. En este aspecto centra su trabajo *Rafael Jordano Salinas*, académico correspondiente y buen aficionado taurino. Jordano resalta que son varias las generaciones de cordobeses que se han acercado a la Fiesta Nacional a través de las crónicas y libros especializados de este cordobés nacido en 1914 -tres años antes que *Manolete*, su gran amigo desde la juventud- y fallecido, también en esta ciudad, en 2007 “con las botas puestas”, puesto que pocas horas antes de su muerte daba por acabado su artículo para el diario *Córdoba*, donde había trabajado

como redactor todoterreno hasta su jubilación en 1975. Cuenta el profesor Jordano con gran lujo de detalles que José Luis de Córdoba desde muy joven quedó vinculado a la tauromaquia cordobesa gracias al I Califa, *Lagartijo*, gran amigo de su abuelo, y que asistió a la irrupción de quien estaba llamado a ser un torero de época, Manuel Rodríguez Sánchez, a quien acompañó desde sus inicios hasta después de su muerte. Le tocó también dar fe, añade Salinas, de “la enorme conmoción que significó en el planeta taurino la aparición del ciclón Manuel Benítez, *El Cordobés*, fenómeno del que dejó constancia en mayo de 1960 con la crónica que tituló “La tila por las nubes”, aún hoy recordada por su calidad e intuición sobre lo que habría de venir. Casi tres cuartos de siglo consagró Sánchez Garrido al oficio de informar, que emprendió en los diarios *La Voz* y *Azul*, siendo en el *Córdoba* donde consolidó su firma, duplicada en lo taurino primero con Don P.P. y luego como José Luis de Córdoba en *El Defensor de la Afición* y *Córdoba Gráfica*, además de en otras muchas revistas especializadas y en la agencia *Efe*. Toda una vida de buen periodismo.

La siguiente semblanza está protagonizada por Ladislao Rodríguez Benítez *Ladis*, a quien su hijo Ladis, *Ladislao Rodríguez Galán*, actual decano de los fotoperiodistas cordobeses, define ya desde el título como “el archivador gráfico de la ciudad”. Más de treinta años trabajaron juntos padre e hijo, de modo que el perfil que este traza sobre su progenitor es el vivo retrato sentimental, lleno de admiración y agradecimiento, de una figura señera del reporterismo gráfico que inventarió con su cámara la evolución de una Córdoba salida del subdesarrollo de posguerra. Pero al mismo tiempo, es el retrato de sí mismo, apasionadamente enamorado de la fotografía desde que con 10 años su padre le entregó una Kodak Retinette pidiéndole que hiciera fotos “de todo lo que se te ocurra”. Ladislao Rodríguez Benítez había nacido en el cordobés barrio de la Huerta de la Reina en 1917 e, inclinado a los números, iba para perito mercantil, carrera que cursa en Sevilla tras superar las secuelas de un accidente que le hizo perder una pierna. Un compañero de estudios le inculcó la curiosidad por la cámara fotográfica, arte por entonces poco conocido y de escasos profesionales. Capta sus primeras imágenes con una Baby Brownie americana, para ir adquiriendo luego Leicas alemanas, la cámara más perfecta por entonces. En 1946 Ladis deja su trabajo en sindicatos y decide dedicarse por entero a la fotografía, sin sospechar ni remotamente que acabaría convertido en uno de los fotógrafos históricos de la ciudad, que habría de dejar un legado único. Inmortalizó el cambio urbanístico que expe-

rimentó Córdoba durante la Alcaldía de Antonio Cruz Conde y, a través de la corresponsalía de la Agencia *Cifra* (luego *Efe*) la exportó a todo el país. Fueron constantes sus colaboraciones con la prensa local y nacional, revelándose como consumado artista de la fotografía taurina, aunque no hubo nada que escapara a su objetivo. Falleció en 1988 convertido en fuente de información privilegiada para conocer cuarenta años de historia de Córdoba.

Otro gran fotógrafo de prensa ocupa las siguientes páginas del libro. *Mar Rodríguez Vacas*, doctora en Periodismo por la Universidad de Sevilla y periodista, traza un emotivo retrato de su abuelo, Ricardo Rodríguez Sánchez, quien como *Ricardo* sin más marcó “medio siglo de fotoperiodismo en Córdoba” desde las páginas del diario que lleva el nombre de la ciudad por cabecera, según recuerda la autora del trabajo desde el título del mismo. Nacido en Granada en 1919, vivió su infancia en Villa del Río, en cuya oficina de telégrafos trabajaba su padre. Él, cuenta su nieta -que dedicó a Ricardo su tesis doctoral-, fue un telegrafista frustrado que decidió acercarse al periodismo tímidamente con una cámara de fotos familiar y acabó convertido en uno de los reporteros gráficos más consolidados de las décadas centrales del siglo XX en Córdoba. Aunque trabajó para las páginas locales del *Córdoba* como parte de la plantilla del periódico (desde 1941 a 1984) se movía por toda la provincia e incluso fuera de ella, buscando siempre la actualidad cordobesa aunque fuera en el extranjero y a veces a costa de un desembolso económico personal. Su fotografía abarca tanto los grandes acontecimientos preñados de oficialismo propios de la época y de un diario entonces único en la provincia y perteneciente a la Prensa del Movimiento, como las pequeñas historias que enriquecían la vida cotidiana, que Ricardo narraba atreviéndose a desarrollar un fotoperiodismo más creativo e innovador. De modo que a su muerte, en 2003, dejó, junto a una extensa saga familiar que saboreó el periodismo desde la cuna, un legado sociológico al que es indispensable acudir para saber lo que fuimos.

El octavo capítulo se centra en la figura de Federico Miraz Fernández, “crisol de almas periodísticas” según definición de su hijo, *Carlos Miraz Suberviola*, autor de la semblanza. Nacido en El Ferrol en 1922, fue un gallego emprendedor y valiente al que parecía no resistírsele ningún empeño periodístico. Y eso que había querido ser médico, pero al no poder costearle su familia numerosa los estudios, en 1941 se matriculó en la recién creada Escuela Oficial de Periodismo. Su primer destino fue *El Faro de Vigo*, pasando en 1943 al diario *Voluntad*

de Gijón, donde, según recordaba muchos años después, “me hice un hombre, me casé y me licencié en Derecho”. En Gijón, donde fundó la *Hoja del Lunes*, se reveló pronto como un periodista inquieto y polémico por sus escritos, y eso que muchos de ellos eran sobre cine. Siendo uno de los hombres de quienes echaba mano la Cadena de Prensa del Movimiento para cubrir transiciones o dinamizar redacciones, Federico Miraz desarrolló breves estancias como redactor jefe en el *Diario Español* de Tarragona y *Amanecer* de Zaragoza antes de asumir la dirección del ya desaparecido *Proa* en León, junto a la emisora de la REM *La Voz de León*. En la capital leonesa, donde también ejerció como abogado, se afianzó como un combativo articulista, pues aun moviéndose dentro de los esquemas políticos de la época tenía, además de una sólida formación, un talante liberal incómodo para aquellos tiempos, como recuerda su hijo Carlos, periodista y académico correspondiente, en un trabajo ameno y lleno de anécdotas que lo enriquecen. En 1962 regresa al diario *Voluntad* de Gijón, esta vez para dirigirlo y renovarlo, y allí permanece hasta que en 1973, con 51 años, llega a Córdoba con el encargo de innovar el único periódico que se tiraba en la ciudad, ya rentable e identificado con la sociedad cordobesa, pero falto de nuevos bríos y contenidos. Y en ello se empleó a fondo hasta 1983 en que sucesivos infartos lo retiraron de la vida activa. Empezó con la reconversión tecnológica y el fichaje de nuevas y jóvenes firmas y acabó por enamorarse tanto de esta ciudad que, tras fallecer en 2005, en ella se quedó para siempre.

Llega después a estas páginas el recuerdo del gran poeta y periodista ruteño Mariano Roldán Villén, de la mano de su paisano *José María Molina Caballero*, académico correspondiente y director de la revista literaria *Ánfora Nova*. Nacido en 1932, Rute fue para este niño de la guerra, según Molina, el paraíso de su infancia, donde pasó los primeros siete años de vida hasta que su familia se traslada a la capital, tiempo suficiente para dejar en aquel pequeño sensible los más entrañables recuerdos. En Córdoba, donde vivió desde 1939 a 1960, cursó el Bachiller en el Colegio Cultura Española, y allí habría de escribir sus primeros versos. Fundó con otros jóvenes poetas la revista *Alfoz*, que acogió sus primeras composiciones, y posteriormente participó en la edición de la *Revista del Mediodía*. Luego llegó su primer poemario, *Uno que pasaba*, escrito en 1953 pero publicado cuatro años más tarde con muy buena acogida de la crítica. Eso le supuso un notable acicate para seguir creando, al igual que el Premio de Poesía Luis de Góngora obtenido en 1959 y la Rosa de Oro de los juegos

florales de ámbito nacional con que la Real Academia de Córdoba -que poco después lo nombraría correspondiente- celebró en 1960 el 150 aniversario de su fundación. Pero el galardón que lo encumbraría ya para siempre -aunque vinieron otros muchos después- fue el Premio Adonáis de 1960 por su libro *Hombre Nuevo*, con el que empezó a figurar en las más exigentes antologías de la poesía española. Ese mismo año Roldán marcha a Madrid para sumar los estudios de Periodismo a los que ya tenía de Derecho, y será en la capital de España donde desarrollará su labor periodística como jefe de Informativos de *Televisión Española*, a la que unió la de traductor, principalmente del latín y del italiano, y antólogo. En suma, Mariano Roldán fue un humanista de amplios horizontes. Encontró una muerte trágica en 1919 tras un incendio en su casa que se cobró también la vida de uno de sus hijos, quedando otro malherido.

Y finalmente, cierra el libro el capítulo dedicado a uno de los grandes pilares de la prensa andaluza de nuestros días, Antonio Ramos Espejo, el granadino que dejó buena parte de su corazón en Córdoba. La autora de este prólogo, *Rosa Luque Reyes*, académica correspondiente y periodista, traza el perfil de quien, habiendo abordado muy diversos géneros y formatos tanto impresos como audiovisuales, moviéndose con brillantez tanto en redacciones como en las aulas, gusta de presentarse como “periodista a secas”. Nacido en Alhama de Granada en 1943, Ramos llegó al periodismo por casualidad y sin vocación, pero la profesión prendió tanto en su espíritu que lo atrapó desde el primer momento. Maestro de varias generaciones de informadores, Ramos Espejo, ya jubilado, ha defendido durante más de medio siglo un periodismo romántico, es decir, pasional y sin horarios. Ha llevado al papel de periódico y a numerosos libros el sentir del hombre de la calle, del jornalero y del emigrante para darles voz en un tono de denuncia. Pero además le ha dado tiempo de dirigir periódicos (*Diario de Granada*, *Córdoba* y *El Correo de Andalucía*, por este orden), de hacer programas de televisión premiados, de coordinar esa publicación para la historia que es *La Enciclopedia General de Andalucía* y de enseñar a universitarios que no solo recibieron conocimientos teóricos sino que vieron anticipado en clase el genuino fragor de una Redacción. Y todo ello con Andalucía como telón de fondo, pues Antonio Ramos ha llevado siempre a su tierra por bandera y esta se lo ha reconocido con distinciones máximas como la Medalla de la comunidad o el Premio Andalucía de Periodismo. Durante sus casi trece años al frente del diario *Córdoba* (1986-1998) impulsa una de las etapas

más brillantes del periódico, como se detalla en el texto de quien durante todo ese tiempo trabajó a las órdenes de un periodista que revolucionó el oficio de contar la verdad. Lo hizo con modernidad y buena literatura, convirtiéndose en el gran reportero andaluz del último medio siglo.

He aquí, pues, un conjunto de perfiles que atienden tanto el pulso vital como profesional de periodistas que, cada uno a su modo, hicieron historia en la prensa, un oficio no siempre bien entendido al que la Academia cordobesa ha querido rendir homenaje.

Rosa Luque Reyes
Coordinadora

[...] Hoy toca hablar de don Matías. Voz y memoria. Creó poca escuela porque su estilo era inimitable y porque los grandes autores no dejan herederos. Imposible suceder a Quevedo, a Shakespeare, a Goya, a John Ford, a Manolete, a Pelé. Dejó frases y términos acuñados con una precisión casi insolente, pero ¿quién retransmite hoy como él? Es imposible narrar mejor el fútbol. Sintaxis perfecta, riqueza verbal, conciencia informativa, coherencia narrativa, habilidad descriptiva, respeto por el oyente, elegancia, gracia, profesionalidad. Un creador cuyas retransmisiones deberían ser materia obligada de estudio en las facultades de periodismo y las escuelas de radio. [...]

Fuente: Asensi Díaz, Alfredo, “Matías Prats Cañete, el don de la palabra”, en *Periodistas cordobeses de ayer y de hoy*, Córdoba, 2020, p. 181.

